



NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

## PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre... Pesetas 2,50  
 Provincias: trimestre... » 3

## REVISTA TAURINA

## PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50  
 25 id. extraordinarios... » 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

## SUMARIO

Advertencia.—Caridad bien ordenada, por J. Sánchez de Neira.—Nuestro dibujo.—Las mojigangas de París, por Pascual Millán.—Revista de Toros (1.ª corrida de abono), por Don Cándido.

## ADVERTENCIA

En nuestros próximos números, ofreceremos al público las últimas cogidas sufridas por el Gallo y Guerrita, en Sevilla y Jerez de la Frontera respectivamente.

## Caridad bien ordenada.

**M**AS frecuentemente de lo que la prudencia aconseja, van repitiéndose los casos en que las Sociedades y Corporaciones interesan los humanitarios sentimientos y hasta el amor propio de los lidiadores de toros, para que trabajen gratuitamente y sin retribución alguna en fiestas que aquéllas preparan con determinados fines, encaminados siempre al socorro de los pobres desvalidos, ó de los Establecimientos benéficos que los acogen en su seno.

Por muy loable que sea el celo de los que tales corridas de toros disponen y organizan, más de aplaudir sería que ellos, por sí mismos, y apelando á otros medios que directa y personalmente les afectasen, reuniesen los fondos que de aquella manera buscan, como más fáciles de recoger y de productos más saneados y más cuantiosos.

Porque deben tener presente que al excitar de ese modo la caridad de los diestros, puede darse el caso, repetido ya varias veces, de que éstos sufran una cogida, que les cueste, si no la vida, quedar imposibilitados para ganar su subsistencia; y entonces aquellos valientes toreros que, con gran abnegación y por el deseo de proporcionar recursos para atender á quienes carecen de ellos, sacrifican su vida, serán los que, sin amparo de nadie, concluyan su existencia pidiendo limosna de puerta en puerta.

De manera que por favorecer á una colectividad anónima, el individuo particular ha de sacrificarse.

Se ha dicho siempre, y así es la verdad, que la caridad bien ordenada debe empezar por uno mismo. El trabajo, con especialidad el que se presta personalmente, le ejecuta siempre el hombre para atender á sus necesidades y á las de

su familia con el producto que le rinda, y si éste, como el de los principales toreros, proporciona mayores rendimientos que los comunes, ha de servirle para formar una renta que luego, llegada que sea la vejez ó la ineptitud por cualquier accidente, pueda aplicar á su subsistencia. Si dispone de esas utilidades antes de tiempo, ó no llega á reunir las, en la profesión de torero más que en ninguna otra, ha de experimentar privaciones, y tal vez hambres que no socorrerá nadie suficientemente, por lo cual no ha de quedarle más recurso que el de solicitar plaza en un Asilo de Beneficencia.

De ese modo, el que expuso su vida para acrecentar los fondos de ese mismo Asilo, que, como todos los creados, tendrá mayores ó menores rentas propias, mejor ó peor administradas, al parar en él, le importará poco y agradecerá menos que otros hagan después lo que él hizo antes. Ha de contar con el rancho diario que la caridad le suministra, sin cuidarse de donde viene, ni quién le proporciona. Seguro es que no ha de echar cuentas de si el producto de una corrida de toros es para aplicarle íntegro en ropas y comestibles, ó en pagar sueldos de empleados, ó en otras atenciones que los administradores consideren más precisas y perentorias. Mejor bendecirá la mano de quien directamente le dé un pedazo de pan, un cigarro ó una moneda que el sustento diario que el Asilo le proporcione, porque aquella dádiva es voluntaria, y el alimento que recibe le considera obligatorio para la Casa que con tal fin se fundó.

Ya sabemos que es mucho más cómodo y fácil de realizar el percibo de una gruesa suma en una sola partida, que produce una corrida de toros, que las infinitas cuotas que parcialmente puedan recaudarse de personas caritativas; pero si necesarios son los fondos para atender la pobreza, no hay que dudar que en España y en todas partes nadie se niega á contribuir hasta donde puede, y algo más, á socorrer la indigencia, sobre todo si ve dar el ejemplo á los patronos, administradores ó encargados de la distribución de los socorros. Las gruesas cantidades que en metálico y efectos se reunieron en Madrid, durante la última epidemia, son una prueba patente de nuestro aserto.

Y es que, al paso que cada individuo para hacer esa obra de caridad consulta con su bolsillo hasta donde puede llegar su generosidad, en la lidia de toros no puede el hombre saber de antemano, por mucha que sea su destreza, cuál será el resultado de su empresa. La caridad

que ejerce de este modo, no es prudente ni justa; la que practica como cualquier otro individuo, es ordenada.

No deben, pues, los toreros, en nuestra opinión, prestarse á trabajar de valde en las funciones de toros, aunque se celebren con el fin más benéfico imaginable; que si por ese medio pueden acrecentar su popularidad, no adquieren ciertamente el agradecimiento de los pobres á quienes intentan socorrer. Cuando más, adquirirán el de los jefes de las Sociedades ó Corporaciones que á ello los inviten, y esas gracias oficiales, sabido es que valen bien poco.

Pueden acceder á tales pretensiones los cantantes y actores, que al fin no ponen de su parte más que su talento é inteligencia, dejando de ganar un día de sueldo; pero los toreros, que sobre no ganar nada, se exponen á perder la vida, esos de ningún modo.

Ahora, si después de verificada una corrida de esas llamadas benéficas, al cobrar el importe de su asignación, quieren hacer un donativo en favor del objeto á que deben destinarse los productos, de agradecer será su buen comportamiento, que pondrá de manifiesto una vez más su nunca desmentida caridad; pero tengan presente que la gloria de esa virtud se la llevarán siempre los que, sin arriesgar dinero ni contribuir personalmente, concibieron la idea y la llevaron á término feliz á costa de otros.

J. SANCHEZ DE NEIRA.

## NUESTRO DIBUJO

Es otro adorno de los numerosos y frecuentes con que el joven espada cordobés Rafael Guerra (*Guerrita*) acostumbra á amenizar la lidia, y que figura entre los ejecutados en nuestra Plaza en esta misma temporada.

En una de las ocasiones en que, á petición del público, banderillaron los matadores, Guerrita, con idéntica alegría que aquélla que todos recordamos cuando empezaba su carrera taurina, citó al toro para la suerte; pero habiéndose quedado éste, engendrada ya la carrera por el diestro, no tenía otro remedio más que pasarse ó salir en falso, como así lo hizo, no sin enmendar el viaje, saltando por delante de la cara del cornúpeto en la forma que representa el dibujo del presente número.

Otro cualquiera hubiera pensado en lo peligroso del ensayo, bien por la medición de las distancias, la incertidumbre de la res, ó diversas circunstancias que no pudieran preverse. Rafael II no se detuvo en estas reflexiones; se le ocurrió tal expansión en el momento, y fiado en sus prodigiosas facultades, la puso en práctica con feliz éxito y resultado, sin tener para nada en cuenta los grados de temeridad que así ésta como otras habilidades, también por él realizadas, puedan encerrar.



# LA LIDIA





## LAS MOJIGANGAS DE PARÍS

La lidia de reses bravas ha constituido siempre el espectáculo favorito de los españoles. Como nota distintiva de esa lucha entre el hombre y la fiera, ha destacado en todo tiempo el valor y el desprecio a la vida llevados a los últimos límites.

Cuando en la Edad Media la fiesta nacional fué privativa del pueblo, y los *matadores* de profesión—asi árabes como cristianos—se entregaban a la lidia mediante el estipendio que por ella recibían, el Rey *Sabio* consideró *enfamados* a los diestros, y así lo consignó en el Código de las *Siete Partidas*.

El *enfamamiento* se sostuvo; los matadores retribuidos fueron mal vistos; consideróseles como la última clase de la sociedad, llegando el caso de dictarse aquella famosa disposición que prevenía que «cuando en alguna ejecución faltase el verdugo, le sustituyera el pregonero, y en su defecto, cualquier matador de profesión».

Si los toreros de entonces se hubieran presentado en el coso sin más estímulo que el valor, ni más fin que el de *prouar sus fuerzas*, el *enfamamiento* no les hubiera alcanzado; y aun cuando por su trabajo recibieran algún regalo en dinero, ó tal cual remuneración en especie no acordada ni solicitada de antemano, estos donativos no hubiesen contribuido a degradarles.

Pero no fué así; los toreros, por regla general, exponían su vida con el único fin de ganar dinero; no llevaban a la lidia nada que fuera noble y levantado, y las disposiciones del Rey *Sabio*, reflejando en parte el espíritu del pueblo en esta materia, cambiaron la faz del espectáculo; los nobles se apoderaron de él elevándole a su más alto grado de esplendor, hasta que, con el advenimiento de los Borbones, y por causas de todos conocidas, volvió de nuevo al pueblo.

Hombres de humilde condición tomaron a su cargo la fiesta, y como no disponían de medios de fortuna, como vivían de su trabajo, volvió necesariamente a ser retribuido el de los diestros.

Pero el *enfamamiento* había cesado de hecho. Los nuevos lidiadores no acudían al coso con el único fin de lucrarse. Si así fuera, se hubieran preocupado muy poco de la gloria (valga la frase); hubiesen acabado con las reses de cualquier modo; el toreo no habría llegado jamás a ser un arte.

Para aquellos diestros, la cuestión de estipendio era lo de menos; pudieron ganarlo y con él los aplausos del público solo con cumplir su deber, y no se limitaron a eso.

Las suertes más arriesgadas, las empresas más difíciles, eran llevadas a cabo con los toros. Vinieron las competencias, y en ellas sólo se atendía a conquistar el favor del público. Cuando éste hería el amor propio de un diestro, el lidiador se oponía a ir allí donde se creía humillado, y ni las promesas ni las dádivas decidían al torero a trabajar donde no contaba en absoluto con las simpatías de los espectadores, dándose el caso de encargarse el Consejo Real, por indicación del Monarca, de hacer venir a Madrid determinados diestros que no querían torear en nuestra Plaza.

Habia, pues, sobre todo y por cima de todo, noble emulación, deseo de quedar bien, afán de conquistar simpatías.

Y así ha seguido hasta hoy.

Lejos de considerar *enfamados* a los diestros, se les ve con admiración; nadie desdeña su trato; antes por el contrario, se le solicita; la aristocracia alterna con ellos, los hace sus comensales, y hasta hay torero que puede ostentar en su pecho alguna condecoración apreciada.

La cuestión de dinero es secundaria. Cuantas veces se ha exigido a nuestros diestros su cooperación gratuita en una corrida a favor de los pobres, han acudido a la primera indicación, trabajando como siempre, exponiéndose a cada momento, llevando hasta lo increíble su arrojo y su afán de agradar. ¡El dinero! ¡Cuántas veces hubieran dado el importe de una corrida por no tener que lidiar alguno de esos toros que deslucen a cualquier matador!

Esto ha sido hasta aquí el toreo.

Pero hoy presenta una nueva fase, que es preciso analizar seriamente porque entraña capital importancia.

En París se celebran corridas de toros. Nuestros primeros diestros toman parte en ellas.

¿Qué carácter tiene allí la fiesta? Todos lo saben; el de la más ridícula de las mojigangas hecha ante un público completamente ignorante en la materia é incapaz de juzgar con acierto.

Los toros se corren embolados. Cesa, pues, el carácter distintivo del espectáculo; la grandiosidad de la lucha desaparece; desde el momento en que el peligro no existe, no hay mérito ninguno en las suertes.

Es una pantomima indigna de lidiadores españoles que tengan un nombre como tales.

Mientras se trató de la Exposición, mientras los toreros fueron allá, más que a lidiar reses bravas, a hacer una exhibición de gracia y donaire, nada dijimos; pero desde el momento en que la fiesta se conserva en París, y para ella se cuenta con los toreros de más reputación, es preciso abordar de lleno el asunto y exponer públicamente lo que está en la conciencia de todos los buenos aficionados.

Santo y bueno que los toreros, una vez cumplidos sus compromisos en España, no sólo aquellos que se estipulan por contratos, sino los que moralmente están

en la obligación de satisfacer, vayan a torear a París. Si hay Empresas que pagan por una mojiganga lo mismo que si se tratara de una corrida seria, deben aprovecharse; toreros son y de su profesión han de vivir.

Pero si por torear en la capital de Francia dejan una sola corrida en nuestro país; si abandonan un solo día al público español; que les ha hecho toreros, que les ha dado el nombre que tienen, que sabe apreciarlos, que cuenta con ellos para su espectáculo favorito; si abandonan, repito, un solo día nuestro público por el parisién, entonces se harán acreedores a las más severas censuras; los aficionados los verán siempre con disgusto, y tendrán siempre menguada idea de unos toreros que huyen aquí de la lidia verdad, en la que hay riesgo, y se refugian allá a practicar sobre seguro faenas propias de novilleros principiantes.

El deber de los toreros españoles es cumplir sus compromisos en España; dar a su Patria la preferencia; no dejar de torear una sola vez en ella por acudir a París.

Si así no lo hacen, perderán la consideración que hasta aquí han gozado y vendrá necesariamente un descrédito que a todo trance deben evitar.

Y si no, al tiempo.

PASCUAL MILLÁN.

## Toros en Madrid.

14.<sup>a</sup> CORRIDA DE ABONO.—13 DE JULIO DE 1890

Y terminó el famoso abono, que tantas alternativas experimentará y tan de manifiesto pusiera la decadencia lamentable en que la fiesta nacional se encuentra a la hora presente. Séale el recuerdo ligero y preparémonos para lo extraordinario que indudablemente vendrá detrás, como lo deja comprender la manera de anunciar la 14.<sup>a</sup> corrida y última de abono, rompiendo la anterior fórmula de *tal y última* corrida de abono, hasta ahora empleada por los antiguos redactores de los carteles. Que en todo hay que fijarse y estudiarlo detenidamente para que no nos coja de sorpresa.

Con la cooperación de las cuadrillas de Rafael, Lagartijillo y El Ecijano, y toros de la en un tiempo famosa casta de Veragua, rompió plaza, las cinco sonadas, el

1.<sup>o</sup> *Panadero*; berrendo en negro, capirote, botinero y lucero; abierto de cuerna, voluntario y noble.

Tomó seis varas, dió tres caídas y mató dos caballos.

Antolin clavó un par desigual, al cuarteo, y Juan otro malo, en igual forma, repitiendo Antolin con otro bueno.

Rafael se encontró con un toro en inmejorables condiciones, y empezó la faena con dos preparados y varios medios pases, sin más objeto que llevarle a la sombra, pero se cuadró antes de llegar y se tiró, con paso atrás, pinchando en hueso.

Siguieron los medios pases, por quedarse el toro, y desde cerca engendró una estocada corta, a volapié, que dió fin de su enemigo. (Aplausos.)

2.<sup>o</sup> *Solitario*; negro bragado, de libras y ancho de defensas; tardo en las acometidas pero con mucho poder en la cabeza.

Propinó seis tumbos de primera a los picadores en otras tantas varas que tomó, matando dos caballos.

El Barberillo coloca un buen par que avivó un tanto al toro, y en su turno repite con otro mediano. Maguel clava otro desigual.

Lagartijillo recogió a la fiera con unos cuantos pases de lucimiento, y corto y derecho, pero olvidándose para lo que sirve la mano izquierda, se arrancó dos veces a matar saliendo en ambas ocasiones cogido por la parte interna de la pierna derecha, y en ambas resultando ileso milagrosamente.

Un metisaca la primera vez, y una estocada atravesada, fueron el resultado de tan peligrosas, y al mismo tiempo, para él, afortunadas faenas.

Después de esto, el trabajo del matador se redujo a pinchar en hueso una vez, y a dar una honda y atravesada que fué lo suficiente a que el puntillero rematara.

3.<sup>o</sup> *Primero*; jabonero claro, de buena presencia y bien colocado de armas. Con poco poder, y sintiéndose al castigo, tomó siete varas por tres caídas y tres caballos muertos.

Rodas y Aransais pusieron dos y medio pares, correspondiendo al primero el medio par.

El Ecijano empezó por desconfiarse y toreó de lejos, bien es verdad que el animal se prestaba a pocos primores por estar quedado y con tendencias a la huida, pero el diestro aprovechó la primera ocasión para entrar a volapié, dejando media estocada ida y perpendicular que fué prelude de otras dos en igual forma y con las mismas condiciones, pero suficientes a que el toro se echase y el puntillero lo levantara para que el Ecijano rematase de un descabello a la primera.

4.<sup>o</sup> *Pepillo*; negro bragado, recogido de cara y cornicorto, voluntario pero blando y sin poder.

Tomó siete varas, dió dos caídas, mató un caballo y fué malisimamente picado.

Manene salió por delante, dejando un buen par, cuadrando en la cabeza, y Ostión otro superior de frente, castigando, terminando ambos con un par cada uno, buenos. (Aplausos.)

Rafael dió principio a su faena fresco y parado, y adornándose como él sabe, siendo digno remate de su trabajo una estocada a volapié en todo lo alto, la mejor que el maestro ha dado en toda la temporada, entrando sobre corto, por derecho, dejando ver la reunión a maravilla y saliendo bien. (Ovación.)

5.<sup>o</sup> *Chilindres*; cárdeno bragado, de libras y caído del

derecho. Tomó, tardeando mucho, cinco varas, dió tres caídas y mató un caballo.

Berrinches y Maguel pusieron dos y medio pares de poco lucimiento.

Lagartijillo encontró al toro quedado y reservón, pero le trabajó de cerca y con inteligencia, y en tablas del ro se echó fuera en una corta, baja y atravesada. El animal se entabló, y en la salida de un pase alcanzó al diestro, dándole un puntazo y arrojándole a gran distancia; pero valiente y sereno, se levantó y entró con coraje a volapié en tablas del tres, dejando media estocada en todo lo alto, que hizo polvo a su enemigo.

6.<sup>o</sup> *Rosilero*, negro bragado, fino, ensillado y cornicorto.

Tomó nueve varas y dió dos caídas, matando dos caballos.

Mogino chico y Aransais pusieron tres pares malos.

El Ecijano dió fin del toro y de la corrida toreando despegado y arrancándose desde muy lejos con un pinchazo sin soltar, otro pinchazo en hueso, otro igual tomando más distancia por si era poca, y una estocada algo caída acortando aquella, porque le pareció excesiva

EL GANADO

Seguimos en igual situación respecto al del Sr. Duque. Aunque algo más aceptables los de ayer que los de las dos anteriores corridas, no llegaron, ni con mucho, a lo que deben dar, en relación al renombre de que gozan. Aquella nobleza para la muerte que todos admiraban, se manifestó en la menor cantidad posible, apareciendo la mayor parte querenciosos y quedados; sólo se prestaron casi todos a la suerte de banderillas, y respecto al primer tercio, si bien es verdad que se trageron bastante fuerza en la cabeza, también lo es que se dolieron muy pronto al hierro, haciéndose tardos para la suerte y volviendo la cara a la segunda ó tercera caricia.

¡Oh, Duque, cómo ha de ser!

Hace tiempo que venían

sus toros degenerando:

¿No volveremos a ver

aquéllos que se dormían

recargando?

¡Hay que afinar, y afinar con cuidado!

LOS MATADORES

**Rafael** (con sépia y plata).—Una faena compuesta de medios pases, por quedarse el toro a las primeras de cambio y solicitarlo el matador en los tercios y un pinchazo en hueso en este terreno, entrando sobre corto para sujetarlo después en las tablas y entrar al volapié sobre corto igualmente, con media buena estocada; he aquí su trabajo con el primero al que nada tenemos que objetar, pues vimos al maestro reposado y con deseos de complacer al público.

Estos deseos se acentuaron mucho más en el cuarto que llegó un poco apurado y en excelentes condiciones para que Lagartijillo torea de muleta primorosamente, y se metiese al volapié con una estocada colosal sepultando el estoque hasta el puño en las mismas péndolas, entrando como lo haría un mozo de veinte años y entusiasta de la lidia, y saliendo con un desahogo y tranquilidad olímpicos.

Buena despedida, maestro, y merecida ovación la que arrancó usted a la concurrencia, a la que nos unimos con verdadero placer.

Bregando, Rafael se adornó asimismo en quites; aconsejó cariñosamente al elemento joven, y estuvo tolerante en todo lo demás.

**Lagartijillo** (con aceituna y plata).—¡Cuidado si estuvo pródiga con él la fortuna! Tres cogidas peligrosísimas y nada más que un puntazo, creemos que de poca importancia, es el colmo de la suerte. ¿A qué juzgar minuciosamente su faena? Ni podríamos negarle valentía ni concederle conocimiento. La suerte de recibir hay que estudiarla muy despacio, y no basta la voluntad; es necesario saber cuáles son los terrenos de cada factor, para que sirva la mano izquierda, y por dónde ha de buscarse la salida. Lo demás, es exponerse a lo que ayer le sucedió, hijo de la ignorancia y de la inexperience.

Lo mismo decimos del quinto toro, al que pasó bien de muleta, pero entregándose en el telonazo en que salió empuntado.

Sin embargo, nos compació verle todavía con coraje, después de estos accidentes, pues demuestra que hay madera de torero, y se puede esperar algo bueno con el estudio. En lo demás, bien.

**Ecijano** (con grana y oro).—No manejó el trapo con lucimiento, ni entró en corto y por derecho una sola vez. Hay que apretar, que por ese camino no se llega a ninguna parte. Hasta en la brega, se hizo un lío con frecuencia, y estuvo expuesto también a una cogida, que evitó oportunamente el capote de uno de sus peones.

LOS BANDERILLEROS

Superiores Manene y Ostión en el 4.<sup>o</sup>; un par bueno de Antolin y otro del Barberillo. Bregando, Juan y Aransais.

LOS PICADORES

Por lo mediano. Pase por las costaladas que experimentaron y que alguna obligó al que la recibió a pasar a la enfermería.

Bien la Presidencia; aceptable la entrada en sombra, y calor.

Y conste que la becerrada suspendida el jueves pasado, se verificará definitivamente el próximo, con iguales elementos y siendo valederos los billetes colocados.

DON CÁNDIDO.